

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

LA NOVELA PARAMOUNT



LA
MANO
DE DIOS

FOR
LYA DE PUTTI
50 Cts.



BRENON, Herbert.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

LA MANO DE DIOS

(GOD GAVE ME TWENTY CENTS 1926)

Emocionante producción, interpretada por
los grandes artistas

LYA DE PUTTI, LOIS MORAN, JACK
MULHALL, WILLIAM COLLIER JR., etc.

or

Es un Film PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE LA CASA

PARAMOUNT FILMS, S. A.



Prohibida la reproducción
Reservado
por la censura gubernativa.

Impresos J. HORTA, Correo, 719 - Barcelona

LA MANO DE DIOS

Argumento de la película

El vapor mercante «Almagro» atracaba a uno de los muelles del puerto de Nueva Orleans, precisamente el martes de Carnaval, día en que la ciudad se entrega a un loco regocijo.

Apenas el «Almagro» hubo anclado en el puerto, su tripulación saltó a tierra, dispuesta a resarcirse en quince días de las privaciones que tendría que soportar a bordo del buque durante los dos meses venideros.

En el muelle se agrupaban los marineros cantando alegres y viejas canciones y discutiendo las cosas que habían durante los días de libertad.

En una calle cercana había un modesto café, donde prestaba sus servicios a los parroquianos, María, una huérfana, hermosa chiquilla de sonrisa angelical.

Esteban y Bernardo, dos marineros del vapor «Almagro», contemplaban unos bultos que se apilaban en el muelle.

Bernardo dijo, señalando las mercancías:

—Esteban, ¿sabes lo que hay aquí dentro? Pues hay jado legítimo por valor de diez mil dólares...

—Y a mí qué?—respondió Esteban, desabiendo.

—Y van a llevarlos al almacén de la muralla. Aquel cuya puerta tiene fracturado el cerrojo... Un golpe facilísimo para cualquier chico listo.

—Es inútil, Bernardo. No quiero intervenir en asuntos contra la justicia.

—Peor para ti... siempre serás pobre.

Bernardo era muchacho sin escrúpulos, deseoso de aprovechar el tiempo, mientras Esteban, por el contrario, no amaba las peligrosas aventuras.

—Pero ahí viene madre, Esteban.

Se dirigieron a un grupo que formaban varios marineros y una mujer ya de alguna edad, una vieja que repartía besos y abrazos.

Era la propietaria de un café, donde solía reunirse toda la marinería del mundo. La biografía de la señora Tapman, a quien sus hijos llamaban afectuosamente *La Madre*, estaba escrita en los registros de la policía. La señora Tapman tenía cien hijos falsos y uno solo verdadero: Bernardo.

Se consideraba una madre protectora de todas las gentes del mar.

Bernardo abrazó a su verdadera madre y luego Esteban corrió también a los brazos de la amparadora.

—Pero, si este es Esteban «Barajas». ¡Cuánto tiempo sin vernos, hijo mío!

—Madre, ¿dónde está Carolina?—preguntó el muchacho con nerviosidad.—¿Por qué no fué al muelle a esperarme?

—Carolina está otra vez en la cárcel, Esteban.

—¡Maldita sea!

Y mordiéndose los puños de rabia por la suerte de su amante despidiéndose de sus amigos y se dirigió a la cárcel de mujeres.

Con la amiga en la cárcel, triste situación para cualquier marinero recién desembarcado!

Estuvo a verla a través de las rejas de la celda.

—Mi Carolina!

Y la besó en los labios, mordiendo en ellos como si quisiera absorberle la vida.

¡Esteban! —gritó la encarcelada.

Y sus grandes ojos negros y pasionales brillaron con todas las fosforescencias del amor.

Era Carolina una mujer de soborana hermosura. Alta, de líneas esbeltas, en los ojos la pasión tenía hogueras de infierno y sus labios rojos y pintados invitaban a la caricia de los besos.

El marino lanzó una maldición, y calmados sus primeros arrebatos pasionales, dijo:

—¡Qué mala estrella! Precisamente en este viaje que he ganado a los compañeros todo el dinero que tenían, te encuentro entre rejas... ¡Te has perdido el carnaval más alegre de tu vida!

—¡Má lo siento yo... ¡agárte! Me arrestaron porque creyeron que yo era cómplice de un robo... ¡Mentira... mentira! ¡La villa habiera yo querido robarles a los carceleros!... ¡Esteban mío!

Comenzó a llorar y sus manos nerviosas acariciaban el rostro de su amante. A veces parecían querer añañar...

ciaban el rostro de su amante. A veces parecían querer añañar...

—No te aflijas, cariño mío—le dijo él—, que esta noche vendré otra vez a verte... y te traeré una cosa que va a gustarte...

No faltes! ¡Me daría de pena!

—Te aseguro que volveré...

Se besaron de nuevo, y Esteban abandonó la cárcel sintiendo la melancolía de tener que pasar solo aquella noche última de Carnaval.

¡Con lo feliz que él hubiera sido yendo con su alegre Carolina de taberna en taberna o de calle en calle, cantando y alborotando con la licencia obligada de los días locos!... ¡Y ahora veía en lontananza el espectáculo de una velada en la cárcel, junto a aquella mujer de la que le separaban los rectángulos de los barrotes!

Cenó solo, en una miserable taberna, y luego, antes de volver a la prisión, dió una vuelta por las calles cercanas al puerto en las que la vida jaramera del Carnaval palpitaba con extremada violencia.

La fiesta estaba en su período álgido... Máscaras y disfraces formando grandes grupos, con las manos entrelazadas, corrían por la ciudad riendo con chillidos escalofríos.

Todo estaba permitido en aquella noche de licencia y escándalo en que los instintos bajos surgen al exterior, desearios de apurar hasta las heces el último vaso del placer antes de que la autoridad ordenata de nuevo el imperio del orden.

Esteban encontró a un grupo de marineros del

«Minagros entre los que estaba Bernardo, quienes le invitaron a ir con ellos.



—No fallas! ¡Me moriría de pena!

—Hay que alegrar un poco el ánimo, Esteban! ¡Déjate de mujeres ahora!

Y Esteban se sintió también arrastrado hacia el torbellino carnavalesco sin poderlo remediar.

Olividóse en aquel momento de su amante que

gemía en la soledad de la cárcel. Él era joven y tenía ansias de vivir y divertirse como cualquier otro mortal.

Los marineros en su loca algarabía penetraron en un almacén que tenía las puertas abiertas y en él que había una especie de trono formado por una enorme concha.

— Esto será de alguna cabalgata, seguramente... Pues apoderémonos de él antes que otros lo hagan — dijo Bernardo.

— Sí — añadió Esteban, pretendiendo aturdirse —, vamos a sacar este trasto de aquí y veréis como nos divertimos la mar...

Y llevando en andas la concha comenzaron a pasear por las calles nocturnas, causando la hilaridad de cuantos veían el paso de la grotesca procesión.

— Esto es un trono... pero falta la reina — dijo Bernardo —, si encontrásemos una muchacha que quisiera subir...

— Mirad... ahí hay una!

— ¡Pues... a buscarla!

Y Esteban, más audaz, se dirigió hacia una joven que estaba sobre la silla de un café con una bandeja en la mano.

Era María, la dependienta del café de la ribera, aquella huérfana en cuyo corazón ingenuo brincaban los diablillos de la alegría...

— ¿Quiere usted venir con nosotros? — le preguntó Esteban...

— ¡Sí... sí... yo bien querría... pero no puedo! — contestó, sonriente, la dulce y rubia criatura.

— ¡Al diablo con las obligaciones! ¡Usted se

viene ahora mismo con nosotros... usted será nuestra reina!

Y alzándola en sus brazos fuertes de hombre de mar la llevó a la concha, sentándola bajo aquel dosel.

La muchacha protestaba, riendo, pero ya los marineros aplaudían con entusiasmo la aparición de María.

Salió el dueño del café, gritando furioso por el rapto de la dependienta.

— ¡María, ¡estas loca! ¿Cómo dejas así el servicio?

Ella le miró temerosa y pretendió descender otra vez, pero Esteban impidiéndoselo, contestó:

— Hoy no es día de trabajo, viejo egoísta... Gana usted su vida... hoy nos llevamos a su dependienta hasta mañana.

Y le tiró la bandeja de metal que sostenían las manos de la joven.

El dueño del café metióse de nuevo en el establecimiento, protestando contra la tolerancia de la policía ante tales abusos.

¡Robarle a la camarera sin más ni más... sin ni siquiera una indemnización! ¡No había derecho... ni eso pasaba en ningún país!

Los marineros siguieron formando alegre cabalgata, llevando en andas bajo la concha a la nueva e improvisada hija de Neptuno.

Esteban se sentía encantado ante la sonrisa ingenua de la muchachita. La compró unas rosas que ella se prendió en el pelo, entre el oleaje rubio de su cabellera.

Luego, cerca de ella, siguió diciéndole palabras

amerosas, galantes, de hombre acostumbrado a tratar con las mujeres.

Porfin los portantes se cansaron del peso de concha y de su dueña, y la bajaron...

Parándose junto a una fuente, y como viesen todos que Esteban parecía muy encariñado con la diosa que les presidía, acordaron tácitamente marcharse de allí.

No querían hacerlo perder tiempo; bien merecía el pobre Esteban aquella conquista... después de lo que le hubo sucedido con su amante, presa... y no en jaula de oro.

Bernardo le entregó una muñeca a María, y luego todos los compañeros, guiando picarescamente los ojos a Esteban, se alejaron, mudos del brazo, cantando las canciones nostálgicas que habían aprendido locamente en las largas travesías por el mar.

Esteban quedó solo con María. Le complacía la presencia de aquella niña de los ojos azules en cuya mirada fulguraban los destellos de las virgenes. ¡Ah, acostumbrado él a la contemplación misteriosa de los ojos de Carolina, llenos de una pasión enfermiza y amiga de la muerte, ahora la limpia serenidad de aquellas aberturas de luz le producía un bienestar inefable.

—¿Cuántos novios tiene usted?—le preguntó.

—Ninguno—respondió María, sonriente.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—María...

Esteban se había sentado en un banco junto a la dulce y nueva compañera.

—María—le dijo con una delicadeza suave—, es usted tan bonita como su nombre...

Ella se ruborizó... Acostumbrada al trabajo, nunca tuvo tiempo de querer, y no sabía lo que eran las palabras de ternura.

—María repitió el marinero—, ¿quiere usted venir conmigo a un sitio donde nos divertiremos de lo lindo?

La joven pareció reaccionar y contestó:

—No, no. Dios mío! ¡Si tengo que volver al café! ¡He sido una loca! ¡Ay, si me despiden!... ¿Por qué seguí a ustedes? Mi patrón me despedirá en cuanto llegue.

—No vaya usted allí... Divirtámonos esta noche. ¡Qué hermosa es usted, María! Con esta rosa en el pelo parece usted una novia...

Ella se tocó dulcemente aquella flor que ponía su blancura entre el oro de su cabellera.

Yo quisiera tener una novia como usted—murmuró Esteban—. Las muchachas que yo conozco no sirven para llevarlas al altar... Si usted supiera las ansias de cariño que hay en mí...

María sonrió halagada por las palabras del mozo. Tampoco en su vida de esclava había conocido un hombre que le hablase con tal delicadeza del amor. Ella había escuchado únicamente palabras soeces de la marinería joven que al pasar por la calle la obsesionaban con el estallido rudo de su sensualidad. Pero el amor que parece brindar suaves caricias y dulzuras, éste no lo había conocido nunca la huérfana.

—No sé—respondió—. Usted parece distinto de

los demás hombres. Pero me gustaría conocerle mejor...



— Usted parece distinta de los demás hombres

— ¿Me permitirá usted que la vuelva a ver?

— Otro día... ahora déjeme usted marchar, mi trabajo me espera...

— Pues... adiós... María... quiero que usted me diga donde vive...

Ella le dio su dirección y luego se despidió de Esteban, marchando rápidamente hacia el café.

—Ah ¿ya vuelves? —le dijo el mozo—. Metecé-
rías que te echase en mitad de la calle por san-
guenza.

Pero como no le convenia expulsarla, tal vez no
encontrara quien se dejase explotar de aquel modo,
transigió con aquella escapatoria y dándole su
eterna bandeja de metal, la ordenó volviese al
servicio.

Esteban regresó también a su casa sin acordarse,
en el júbilo triunto que le había producido la
desconocida, de la amante que genta en la prisión
y a la que había prometido visitar de nuevo.

Había tanta diferencia entre el viejo y el nuevo
amor! Para Esteban, hombre de gran corazón,
Carolina era la novia alegre y sensual que la ma-
rinería encuentra en todas las partes del mundo,
mientras Maria estaba destinada a ser la mujer del
hogar, una posible madre de hijos sanos y robustos,
nacidos igualmente para los trabajos de los barcos.

En vano esperó Carolina aquella noche asomada
a las rejas de su cárcel. A medida que pasaban las
horas, sintió el desecho del abandono.

—¡Ah, infame! —se dijo—. ¡Me deja... quiere di-
vertirse... se ha cansado de mí!

Y lloró de dolor al escuchar desde su celda los
cantos alegres del Carnaval que invadían las calles
como un anhelo de vida.

Tuvo la sospecha de que Esteban se encontraba
en aquellas cabezotas de gente alegre...

Esteban volvió a ver a María... y un sábado, se casó con ella.

En la marinería se arreglan pronto estos asuntos de amor; no se puede destajar largo tiempo, hay que aprovechar bien los momentos en que el marinero se encuentra en tierra...

Luego el mar se lleva al hombre amado, tal vez hasta nunca...

María, emocionada, había consentido en el matrimonio... Y el viernes fue el último día en que prestó sus servicios al modesto café de la ribera.

En lo sucesivo iba a vivir únicamente para su Esteban.

Los marineros compañeros de Esteban asistieron a la boda y aclamaron bulliciosamente a los novios.

Con la generosidad de sus corazones compraron muchos modestos objetos para los recién casados, dejando sus bolsas escudadas en obsequio de los buenos amigos. Pero lo hacían con placer; Esteban era un buen camarada.

Después de recibir la bendición nupcial, los novios despidiéndose de toda la loca marinería, se dirigieron a la casa de los esposos Dufour, donde habían alquilado una modesta habitación.

Los Dufour tenían un corazón de oro para las

parejas de recién casados, invariablemente gente de mar, que fondeaban en su casa de huéspedes.



...esperó Capoline aquella noche asomada a las rejas de su cárcel.

Recibieron con alegre entusiasmo a Esteban y a su mujer, obsequiándoles con una torta de patilla.

—Y que sean ustedes muy felices... mucho...

—Es lo que nos proponemos los dos, ¿verdad, María?

—Certo...

La muchacha, alegremente, adornó con flores la habitación, el nido que les iba a cobijar y ser testigo de sus amores...

Esteban tenía una sonrisa de dicha. Para nada se acordaba de la otra, de Carolina, encerrada en la cárcel, que sólo había sabido brindarle su belleza malsana.

Sonrió a su mujercita, que se llegó a él y le besó... Parecían extasiados de tanta felicidad como exalaban sus corazones jóvenes.

De pronto María rompió a llorar nerviosamente.

—Pero, ¿qué te pesa? ¿Por qué estás triste... tan pronto?—dijo Esteban.

Ella calló, no sabía bien por qué derramaba lágrimas...

—Lloro de felicidad!—murmuró...

Sabía que desdichadamente los maridos no viven siempre en casa y tendría que pasar muchos días... muchos... sin otra dicha que la de recordar...

—Escucha, María, le dijo él, cuando regrese de la China te traeré una túnica de mandarina tejida de seda y oro...

—Sólo tengo un dolor: que hayas de marcharte tan pronto... Si pudiéramos pasar algunos meses juntos!

—¡Esto es un sueño, María! ¿Quién ganaría el dinero entonces? No temas... Yo te seré fiel... ¡Qué feliz soy... con mi mujercita!... (Una mujercita para mí sólo!)

Y la estrechó en sus brazos, radiante de feli-

cidad, contento de ser el dueño de aquella belleza delicada y frágil de muñequita.

Así transcurrió el tiempo... Pasaron rápida-



...adornó con flores la habitación...

mente dos semanas de alegría, y por fin llegó el día en que Esteban debía partir para lejanos mares.

El dolor atenazaba el corazóncito de la esposa,

Tener que esperarse, no verlo hasta dentro de muchos meses!

Y le acariciaba su cabello revoltoso y llenaba de tabaco gris su fuerte pipa de marinero y besaba sus manos rodas de trabajador...



...llegó el día en que Esteban debía partir para lejanos mares...

La comida de aquel día fué triste... era la última.

En vano Esteban deseaba alegrar con palabras chispeantes y graciosas el corazón de su mujer... No lo conseguía!... Y en el fondo se sentía tan apenado como ella...

Mientras comían llegó a la habitación la famosa señora Tapman, la madre de todos los marineros que habían nacido en aquella costa.

—¡Salud a los héroes!—dijo, riendo.

Y estrechó cariñosamente la mano de Esteban y luego contempló muy satisfecha a María.

—Gracias por tu visita, madre—dijo el mozo—. Y aquí te presento a mi mujer... María, esta es la señora Tapman de quien ya te he hablado...

—Mucho gusto...

La joven saludó tímidamente a aquella señora de ademanes varoniles... y bigote aun más varonil.

—Te has buscado mujer guapa, pillín—dijo *La Madre*—. Yo no quería que faltase mi regalo de boda... ¿Qué os parece?

Y desenvolviendo un paquete les mostró un reloj de curo, uno de aquellos clásicos setecientos que imitaban el ruido al tocar las horas...

—¡Qué bonito!—dijo María.

—¡Tú siempre tan rumbosa, señora!—añadió el marinero...

—¡Todo lo que he podido!... ¡Que no se diga que no me acuerdo de mis hijos!...

María colocó el reloj en la pared y le dio cuerda.

Y mientras ella efectuaba esta operación, la señora Tapman se acercó más y más a Esteban y le dijo en voz baja:

—Carolina está desesperada porque no has ido a verla... Yo no he tenido valor para decirle el motivo...

—¡Pero no comprendes?—dijo él, furioso.

—Sí... sí... mas deberías ir a verla... Carolina

fué siempre muy buena para contigo... y yo creo que no debería tenerla descontenta.



...colocó el reloj en la pared y le dio cuerda...

—Buena, tú antes de marchar... Y ahora calla...

Maria había dado marcha al reloj y contemplaba el lento y acompasado movimiento de las pesas con una alegría de niña...

¿Que era ella más que una niña grande que necesitaba del amor y la protección para vivir?

—Os dejo, hijitos—siguió diciendo la traviesa señora Tapán—Y a ti que te vaya bien por la Cuina... Yo ya haré de vez en cuando alguna visita a María...

—Será usted recibida como una madre—dijo la joven...

—Lo sé... Tu marido también me quiere mucho... Soy yo tan buena para todos los maridos!

Salió *La Madre* y los dos jóvenes continuaron la comida. El contestaba distraído a las palabras y deliranzas de su mujer. Pensaba en qué era mejor visitar a Carolina.

Se había portado muy mal con esa mujer... que gentío en las penitencias de una cárcel... Y Carolina, a pesar de todo, había sido siempre buena y agradecida para con él... ¡Si, iría a visitarla!

—Tengo que efectuar aún varias compras, amor mío.

—¿Quieres que te acompañe?

—No... Voy con Bernardo y otros amigos... Ya regresaré después...

Besó los labios de su mujer y salió con el gesto del hombre que comienza a estar preocupado.

Fue a la cárcel.

La alegría resplandeció en los ojos apagados de Carolina.

¡Mi bien!—murmuró ella como un eco de su pasión salvaje.

—¡Hola, Carolina!—dijo él apartándola con di-

simulo—. La señora Tapman me dijo que deseabas verme...

—¡Siempre... yo quería poder verte a mi lado todas las horas del día...



La alegría resplandecía en los ojos apagados de Carolina.

—Ya ves que esto no es posible... Por esto es que he venido a ver si podía verte útil en algo, a una antigua amiga.

Tenia los ojos bajos y sus manos se agitaban temblorosas... Había desaparecido de él la cordialidad que antes sentía por la presa.

—Si vieras cómo te he añorado—murmuró Carolina—. ¡Qué mala pata, verdad? Quince días tú en tierra y yo aquí pudriendo mis huesos... Pero Esteban, Esteban, ¿verdad que me has sido fiel?... ¿Verdad que nuestro cariño es el mismo de siempre?

—Naturalmente, mujer—respondió él con forzado entusiasmo.

Callaron los dos con un silencio triste que Carolina rompió con voz amenazadora:

—¿Cuándo volveré a salir tu baque?

—Esta noche... a las diez y media... pata Hong-Kong...

Esteban se hallaba nervioso, sus manos se retorcián... Se sentía mal... Deseaba alejarse de aquel ambiente tan distinto del que ahora vivía.

Unicamente por un sentimiento de gratitud había consentido en visitar a Carolina, por nada más... Ya no le quedaba la que le interesaba sobre todas las cosas del mundo era María...

Carolina, acercándose más y más y pretendiendo abrazarle a través de los barrotes, dijo suplicante:

—Esteban, Lévame contigo! Me introduciré de contrabando en el vapor, aunque luego me descubran y me metan en la barra... Esta noche se acaba mi condena... dentro de pocas horas saldré de la cárcel.

—Carolina, lo que tú me pides... es imposible...

—¿Por qué? ¿Es que tan pronto te has olvidado de mí?

—Carolina... perdóname... pero... ahora... estoy casado.

—¿Casado?... Miserable!

Y sin fuerzas para protestar, herida en lo más vivo de su corazón, dejóse caer en el pobre camastro, ocultando la cabeza entre las manos blancas y pulidas...



—Esteban, Lévame contigo!

—Casado... casado!—murmuraba.

Esteban aprovechó aquel momento para huir, sin despedirse de su amiga. ¡Uf! ¡Qué bien se respiraba en la calle! Ya en plena vía ciudadana abrió la boca, llenándose del aire que encontraba

más puro comparado con el infecto que se mascaba en la prisión.

¡Pobre mujer! Pero... para él lo primero del mundo era María, la única mujer que había hablado directamente a su corazón... La otra le causaba una sensación de cansancio...



Ya en la calle encontró a Juan, un marinero del «Almagro»...

—Vamos a dar una vuelta, Esteban... ¿hace? Iremos a algún teatrillo a pasar la última tarde en el puerto...

—No puedo, Juan — tengo que regresar a casa...

—Tienes tiempo de sobra... Anda, ¿por qué te olvidas tanto de tus verdaderos amigos?

Esteban, no queriendo que le llamasen hurtao, accedió a acompañar a su amigo.

Fueron a un teatro de ínfima categoría, en donde desfilaron una serie de mujeres en cuyos rostros pintados se transparentaba la miseria...

Cuando salieron del teatro había anochecido ya... Esteban quiso despedirse de su compañero. Aun Juan le detuvo insistentemente:

—Te convierto a tomar un vaso de cerveza en casa de La Madre...

—Es muy tarde. María estará impaciente.

—Se trata sólo de un momento y te dejo libre...

—Vayamos... si es por poco rato...

Y malhumorado por aquel exceso de condescendencia y amabilidad, acompañó a Juan por las calles mal iluminadas de los suburbios.

Deseara marchar cuanto antes a ver a María para recoger sus cosas y darle a ella el último beso de adiós...

Toda el hampa del puerto y toda la marinería se reunía en la caverna de La Madre.

Tabernucho humilde, bodega donde se aculataban hombres de todos los países, el marinero y la mujerzuela; el ludo de la justicia y el viejo que busca un rincón donde beber los últimos vasos de su vida.

Un humo denso y fuerte llenaba de continuo como una nube el establecimiento. A través de esta atmósfera sombría sonaba a veces el acordeón o un mal piano que tocaba un músico viejo.

Palabrotas y blasfemias ponían también su inquietud en el cafetín... Y la señora Tapman, reina augusta del mostrador, presidía aquella especie de aquelarre.

Aquella noche, cuando el local estaba repleto y casi todas las mesas ocupadas, abrióse la puerta y apareció en el umbral una hermosa mujer de negros y apasionados ojos. Era Carolina.

— ¡Nuestra Carolina!

— ¡Viva la libertad!

Y todos los clientes de la casa saludaron con aplausos a la bella amiga a quien la ley había puesto ya en la calle.

Sonriente Carolina, fué avanzando por el infierno local.

La señora Tapman salió a su encuentro y le dijo abrazándola cariñosamente:

— Ya sabes, corazoncito, que en mi casa hay siempre un cuarto para ti...

— ¡Gracias, Madre... por eso vine... sabía que no me faltaría nunca tu apoyo!

— ¡Sígueme!

Desaparecieron las dos por una angosta escalera hasta llegar a un cuartucho sin ventilación.

— Aquí tienes tu albergue... No puedo darte más...

— Yo se lo agradezco en el alma, Madre...

Carolina quedó sola unos instantes mudada de traje, se peinó y arregló el rostro ante un espejo, pintóse de nuevo con la barrita de rímel los hermosos y gruesos labios, y de tal modo embellecida volvió a bajar a la taberna dispuesta a comenzar otra vez su pobre vida de bestia hermosa.

Poco antes habían llegado a la taberna Esteban y Juan, y bebían alegremente ante el mostrador en compañía de otros marineros.

Carolina llegó a la taberna. El local parecía invadido de la nube del tabaco y de las cálidas respiraciones... Todo aparecía sumido en una niebla densa.

La mujer, cimbreando gallardamente su cuerpo fino y estremecedor, avanzó entre las mesas yendo a sentarse a una de ellas, al lado de Bernardo, el hijo natural y verdadero de la señora Tapman.

— ¡Diablo... buena pieza—dijo el mozo, sorprendido al ver que se sentaba, sonriente y un-

lévola, aquella tentadora mujer— ¿Cómo es esto?
¿Te soltaron ya de la cárcel?

Ella le miró y respondió con agresividad:



—¿Cómo es esto? ¿Te soltaron ya de la cárcel?

—¿Quién dice que me soltaron de la cárcel?

—No, que debes salir de un Casino...

—¿No es esto, por ventura, una cárcel?— siguió diciendo ella con los ojos inmóviles como atormentados por un misterioso pensamiento.

—¿Te has vuelto filósofa, querida Carolina? ¿Has leído mucho en el hotel estos días?—respondió Bernardo, soltando una carcajada—. Sí, toda la vida es una cárcel... Y si amas a un hombre... y no eres correspondida... también eres prisionera del amor...

—No me hables de esto— exclamó la joven con un estremecimiento doloroso. Parecía recordar a Esteban.

—Vamos, alégrate, Carolina; quítate los malos pensamientos de la cabeza, créatela, si no quieres acabar de mala manera... ¡A las penas, puñaladas, Carolina!

Y abriendo su portamonedas le entregó varios dólares.

Carolina los rechazó, pero la mano de Bernardo la obligó a guardárselos.

—Carolina, te conozco—. Tú no tienes dinero ni para comprar un pañuelo... y yo esta noche pienso dar el gran golpe.

Y la miró como si quisiera hacerla cómplice de su aventura.

Ella bajó la cabeza, sus manos pegaron nerviosamente contra la mesa. Luego dijo, como si una sola idea viviese en su cerebro:

—¿De qué muelle sale tu buque esta noche, Bernardo?

—Este viaje el buque saldrá sin el cura que te está hablando...

—¿No vas en el «Almagro»... con Esteban?

—¡No!... Escúchame, Carolina... si me ayudas esta noche a dar el golpe que tengo planeado, te

lo que sea jugar te enloquece, te apuesto si voy o no voy a ir contigo a la China...



—¿No te he dicho que ahora estoy casado?

—Déjate de bromas!—respondió él, para quien el juego tenía una emoción indescriptible.

Su mayor debilidad era el azar, el misterio de la suerte, que a veces muestra su rostro favorable para enseñar después su carátula siniestra.

—¿Te decides... te decides? Tú que siempre has sido gran jugador, ¿a que no te atreves a jugar conmigo esta apuesta?

—No me tientas...—dijo él, nervioso.

Pero ya Carolina se había puesto en pie, y sabiéndose a una silla dió varias e insistentes palmadas.

Se hizo un gran silencio... El músico cesó de tocar. Los grupos se arremolinaron ante la mujer.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a contarnos alguna historia?

—¿Vas a predicar?

Silencio, amigos míos—dijo Carolina— ¡Atención!

Estaban la contemplaba con inquietud. Comenzaba a arrepentirse de haber ido a la taberna. ¡Cuánto mejor no se encontraría en su casa, pasando sus últimas horas con su María!

—Amigos—significó diciendo Carolina— todos ustedes conocen a Esteban «Barajás»... y saben perfectamente que es capaz de jugarse hasta la camisa.

Y señaló a Esteban que tenía en la mano un vaso de vino a medio apurar.

Ya lo creo—comentaron los parroquianos—. Pues de ahí le viene el apodo de «Barajás».

—Pues sabed, amigos, que es hombre tan valiente y tan audaz, no es capaz de apostar con una mujer.

—¿Cómo?—dijo uno de los marineros—. ¿Tienes miedo, Esteban?

—¡Déjame!—murmuró el joven.

—Yo le apuesto—significó diciendo Carolina— a Esteban «Barajase si me lleva o no me lleva a la China... ¡Y no lo quiere!»

—Cobarde!

—No seas así!

—¡No des un desprecio a la mujer más heroica de la taberna!

—Anónato, hombre!

Y eran tales las voces de aquellos ruidos marineros, que Esteban acabó por decir:

—Apuesto, pues, ya que lo queráis. Jamás he tenido miedo al juego... Gano siempre—, dijo con orgullo— ¡Y esta vez volveré a ganar!

Estaba convencido de que ganaría ahora y de esta manera se vería libre de la compañía pegajosa de su antigua amiga... ¿Por qué había ido estúpidamente a su encuentro?

—Bravo, Esteban—dijo la muchacha, saltando de la silla—. Ahora te reconozco. ¡Vuelves a ser un hombre!

Sacóse del portamonedas dos monedas de cobre y mostrándolas a los clientes, dijo:

—Ved las condiciones de la apuesta. He aquí dos monedas de a diez centavos. Si las dos salen cara, me voy a la China...

Y luego, mirando barlontanamente a Esteban, añadió:

—Si cruz me queda... y te dejo para siempre libre... y si cara y cruz, volvemos a tirarlas...

Esteban, que sentía ya la emoción del juego, tembló, sonriente y excitado por el ambiente.

—Caras, vas... Cruz, te quedas. Si salen cara y cruz, volvemos a tirarlas...

—¡De acuerdo, pues!

Hubo un movimiento de expectación, cesaron todas las conversaciones, se hizo un silencio extraño.

Carolina agitó las dos monedas de cobre entre sus manos y luego las arrojó al aire.

Cien ojos contemplaron la rápida elevación y descenso de las monedas, que cayeron sobre la lisa madera de la mesa.

—¡Cara!—fue la exclamación unánime.

En efecto, las dos monedas habían caído de cara, y favorecido a Carolina.

—Gané, chicos; no tienes más remedio que llevarme—dijo ella con una alegría excitante, mientras abrazaba a su amigo.

Esteban ahogó el último grito del deber que en el fondo de su alma le decía que no había tenido que aceptar una apuesta contra su honor, una apuesta que significaba el traicionar a su mujer...

Pero Esteban era esclavo de su palabra de jugador, para él una deuda de tal naturaleza era más sagrada que una escritura y a regañadientes, sintiendo a pesar de todo la responsabilidad de su acto, se resignó a llevarse al barco a su amiga.

—¡Vámonos allá!—dijo—. ¡Mala suerte!

—No te quejes, amor mío—dijo Carolina besándole—. Yo seré para ti la mujer más fiel que has conocido...

Cogió él las dos monedas de la apuesta y las guardó en un bolsillo con rabia.

Y los dos salieron de la taberna de la señora Tapman, después de estrechar muchas manos que se tendían alegres hacia ellos.

Esteban se sentía atormentado por el remordimiento. Ya en plena calle, ante la vista de las casas mal iluminadas, pero en las que había hogares felices en su pobreza, sintió el pinchazo del recuerdo...

¡Pobre María, abandonarla de aquel modo, no valía más! Pero había cometido la debilidad de apostar en una carta todo su porvenir de hombre honrado.

Ella, Carolina, le cogía por el brazo, deseando transmitirle el calor de sus venas donde la sangre era fuego.

—¡Qué alegría vivir así, siempre juntos!— dijo.

—¡Cállate! Me temo que el capitán no quiera perdonarte y en vez de mandarte a la barra, ordene que te echen al mar.

—No lo creas—dijo ella sonriendo con malicia—. Eso no se hace nunca con una mujer...

Anduvieron por calles silenciosas, casi muertas... Llegaron al puerto; una sábana negra de agua agujereada por la luz...

El «Almagro» perfilaba su silueta a lo lejos... Se escuchaba el rumor de máquinas... Iban a partir pronto...

Esteban sintió de repente sed. Vieron un bar ambulante...

—Tomemos una taza de café, ¿quieres?—le dijo él.

—Sí... nos sentará bien y nos dará fuerzas...

Acercáronse al mostrador... Echieron...

Un hombre que había tomado también su bebida les miró con profunda extrañeza... Quedó contemplándoles en un rincón, asombrado de lo que veía...

¡Cómo está el mundo, gran Dios!... ¡Y aquel marinero, Esteban, aquel recién casado, iba ya con otra mujer!

Hizo el hombre una mueca de disgusto. ¡Cuánta infamia!... Luego se alejó...

Quien había descubierto a Esteban y a Carolina era el bondadoso señor Dufour, el dueño de la casa de huéspedes donde vivían Esteban y su mujer.

Eran más de las nueve de la noche... María comenzaba a inquietarse por la tardanza de su marido.

— ¡Esos hombres! — se dijo sonriente. — Cuando se ponen a hablar con los amigos, no acaban nunca. ¡Pero no hay derecho, caramba! Lo primero de la tierra soy yo... y más... hoy que es el último día...

Pensaba, cuando, dease el, recriminar con dureza su ingratitud. ¿Es que ya se olvidaba de su mujercita?

Vió la pipa, la gorra puevecita de él... el maletín en que llevaba sus útiles de aseo...

Esperó... ya no podía tardar...

Sonó el reloj de casa... Empezó a sentir las inquietudes dolorosas de la espera. ¿Y si le hubiese ocurrido alguna desgracia?

Con una dulzura de mujer buena, María acariciaba la pipa del marino con abundante provisión de tabaco, la gorra nueva con el anillo bordada en seda por sus hábiles manos de mujercita ama-

rosa, la ropa interior oliendo a limpieza y blanca como la nieve...

¿Por qué no venía? ¿Qué habría podido sucederle?

Escuchó pasos en la escalera. ¡El Y con instintiva coquetería se arregló el cabello... para que él la encontrase siempre guapa...

Abrióse la puerta y apareció la figura del señor Dufour. Ya no sonreía como siempre; había en su rostro la huella de una preocupación.

— ¿Qué ocurre, señor Dufour? — preguntó presentiendo una dolorosa noticia.

El vejete, que quería bondadesamente a la joven, se acercó y le dijo acariciando su mano:

— ¡Pobrecita María! ¡Esteban se ha marchado!

El terror y la incredulidad se reflejaron en los ojos de la mujer.

— No puede ser — exclamó —. ¡Si se ha dejado aquí la gorra, la pipa... y todo lo demás!

Y le miraba y pretendía sonreír como para convencerse de que el señor Dufour bromeaba.

— Desgraciadamente es verdad, María...

El pobre hombre no sabía cómo confesar la infamia a la inocente esposa.

— ¿Cómo es posible que se haya marchado sin despedirse de mí? — dijo María, rompiendo a llorar.

— ¡Ay, esos marinos! — respondió con melancolía el viejo —. Todos son iguales! Pero como quiera que en la ribera no se habla de otra cosa, le dije que Esteban se llevó consigo a una tal Carolina Lang... Apostó llevársela al barco... y marchó con ella...

—¡Dios mío!... ¡Mi Esteban!—gimió la huérfana abandonada.

Y se dejó caer en la cama con un desconsuelo trágico, viendo rota toda su vida.



—Esteban se ha marchado y me ha dejado solo...

—¡Mi Esteban!—gimió—. ¡Mi Esteban!

El pobre señor Dufour murmuró entre dientes:

—¿Qué miserable ha sido ese hombre! ¡No tiene perdón de Dios! No lloré usted, pobrecita, no

lloré... En nosotros tendrá siempre unos buenos padres.

Ella murmuraba como una oración:

—¡Esteban!

El señor Dufour llamó a su mujer.

—Procura consolarla—le dijo en voz baja—. En estas cosas entienden más las mujeres...

El se fué, y la señora Dufour, una vieja que estaba orgullosa de la fidelidad de su marido, se acercó a la desdichada:

—No lloré usted, María... tal vez todo pueda arreglarse...

—¡No, no! Esteban se ha marchado y me ha dejado solo... Pero, ¿cómo puede ser esto? ¡El me quería... mucho... mucho...! ¡Por qué me ha dejado? ¡Yo quiero ir a buscarle!

—Usted no se puede mover de aquí ahora, María... Sería inútil hacer nada.

—No... no... quiero ir al muelle... he de verle... he de hablarle... ¡No es posible que me abandone!

Y a pesar de los requerimientos y consejos de los esposos Dufour, María abandonó la casa en dirección al muelle.

parecía loca... Aquel golpe rudo, terrible, inesperado, acababa de perturbar casi su razón.

Hablaba sola por las calles, y con los ojos ajos, inmóviles, caminaba hacia el puerto.

—Las gaviotas siguen a los buques—murmuraba en un extravío nervioso—. Sí, las gaviotas son tal vez las almas de aquellos que dan sus vidas al mar... Yo seguiré a Esteban... con una rosa en el pelo... como una desposada...

Llevaba las manos en alto como una iluminada en extático éxtasis... El terrible golpe anula efímero momentáneamente su inteligencia.

Le parecía que Esteban la aguardaba allí en el mar y que ella tenía que ir a él como una novia. Llegó junto al muelle... Si se lanzaría a las aguas. Pensaba que Esteban se hallaba aguardándola sobre la superficie.

De pronto en su extraña embriaguez se pasó las manos por la dorada cabellera y exclamó, viéndose sin una rosa!

—¡Dios mío! ¡Si tuviera veinte centavos, compraría una flor!

Sonrió tristemente. No llevaba un céntimo... Esteban—murmuró con inconsciencia—yo te seguiré hasta el fin del mundo... como las gaviotas, pero no llevaré ninguna rosa en el pelo.

Como un alma visionaria, herido su cerebro por el zarpazo del dolor, fué descendiendo, abstraída, por la escalera de piedra que conducía al muelle.

Puso un pie ya en el agua, sintió su contacto frío. Iba ya a poner el otro pie, yendo a una muerte segura, cuando sus ojos vieron brillar dos monedas en uno de los escalones.

—¡Oh, dinero!—exclamó.

Rean dos piezas de diez centavos que ella cogió febril con sus manos mojadas.

—Iré a comprar flores—dijo con una sonrisa indefinible—. Es mejor morir con rosas en el cabello.

Subió de nuevo los escalones y corrió hacia una pequeña tienda de flores que había ordinariamente cerca del puerto.

—Por veinte centavos me dará usted una rosa?—dijo al vendedor.

—Como está!

Y le mostró una perfumada rosa blanca que ella aspiró con fruición y se prendió en el cabello.

Entregó las dos monedas... Pero apenas hubo dado unos pasos, salió el vendedor enfurecido:

—¡Granja... granja! ¡Me has dado dos monedas falsas! ¡Ya te arreglaré vol...!

María, asustada, comenzó a correr perseguida por el florista.

El tendero se consideraba estafado porque ella le diera dos monedas, que cosa extraña! no tenían reverso ¡Por los dos lados había únicamente la cara!

—¡A ésa... a ésa!—gritó el vendedor con la avaricia de determinados sujetos capaces de poner en movimiento una ciudad por considerarse estafados en un maravedí.

Acudió un policía, quien comenzó a perseguir a la pobrecita mujer que seguía corriendo, alocada, sin comprender el motivo.

En su loca carrera para huir María vio unos sótanos abiertos y descendiendo por una escalera quiso meterse en su interior.

Antes de llegar al local encontró escondido en la escalera a Bernardo, que al ver que avanzaba el policía quitóse un revólver y disparó contra él, matándole.

Otro guardia que llegaba detrás del caído disparó a su vez varios tiros, y los disparos derribaron en tierra a Bernardo y a la pobrecita e inocente mujer.

Acudieron nuevos guardias... hubo una desbandada general... Otra mujer cayó también en la refriega... Era Carolina...

Dos días después, en el hospital estaban las víctimas de aquella noche nocturna.

En la misma sala, separadas por un biombo, se encontraban dos mujeres, María y Carolina.

La herida de la cadera fué ligera... no así la de Carolina, que iba matándose lentamente.

En otra sala se encontraba también, en estado gravísimo, Bernardo.

La señora Tapman no se separaba de su hijo, sufriendo por su doloroso fin... ¡El imbécil! ¡Por meterse en líos, se encontraba de aquel modo!

La señora Tapman tenía buen corazón... y recibió dulcemente a María, que, apoyándose en su bastón—acababa de abandonar el lecho—se encaminó hacia la cama de Bernardo.

Bernardo sentía remordimientos y pensaba que tal vez aquella inocente criatura se vería perseguida por el robo que él había efectuado.

—No tema usted nada... jovencita—murmuró—yo ya lo he arreglado todo con la policía... Les dije que cayó usted donde estábamos por casualidad...

Porque Bernardo se encontraba en aquel sótano después de haber robado unas cajas de jalde, esperando la ocasión oportuna para esconderlas... En el robo le había ayudado Carolina que, misteriosamente, había querido colaborar en el delito...

Y como el destino quiso que María fuese a ocultarse en aquel lugar, Bernardo, con la generosidad y el ansia de justicia de todos los moribundos, quería salvarla, y que resplandeciese su inocencia.

—Usted ya no se verá complicada en este robo—dijo—yo me voy a morir... ya he recibido mi castigo. (Pero... usted... pobrecita... es inocente!)

Conocía bien a la mujer de Esteban, del marino que ya debía estar en el mar.

María, con un gesto de tristeza, le respondió:

—Ya no me importa... A mí nada me importa nada... ya... Cuando salga de aquí me meterán en la cárcel... Aunque no me acusen del robo de ustedes, me dicen que he hecho pasar dos monedas iguales, de una sola cara... Yo las encontré... yo no lo sabía... quise comprar unas rosas... me cogieron...

Y comenzó a llorar, afligida, con unos deseos de acabar también como sus compañeros.

Después se apartó de Bernardo, que se sentía morir, y volvió a su departamento.

La señora Tapman, que estaba desconsolada, la acompañó. (Perder a su hijo, a su Bernardo!)

—¡Pobre hijo mío! Vivirá ya poco...

—¿Quién sabe! dijo María...

—¡Qué infierno!—continuó diciendo la señora Tapman—. Y aquí cerca también se está muriendo una pobre mujer... Era la mujer de la suerte... la que pasaba los cheques falsos y siempre salía bien del todo... Y ha sido leal hasta la muerte...

Ella recibió un balazo para dar a Bernardo tiempo de escapar... pero fue inútil.

María callaba, atormentada por terribles presentimientos. Dios mío... Dios mío! ¿Y Esteban?

—Es posible que hayas oído hablar de ella—siguió diciendo *La Madre*—. Se llama Carolina Lang, la que había sido amiga de Esteban...

Estas palabras causaron a María una impresión inmensa.

—¡Carolina Lang aquí!—gritó—. ¡Si está aquí, no puede haberse ido con Esteban!

—Ella está herida aquí mismo. ¿Quieres verla?

—Sí...

Y armándose de valor, pensando en que estaba soñando, pues le habían asegurado que Carolina había marchado con Esteban, se acercó a la cama donde la desdichada iba a morir.

Avanzó lentamente, acompañada de la señora Tapman. Vio envuelta entre gasas y algodón una cabeza de mujer.

—Carolina—dijo lentamente *La Madre*—. ¿No la conoces?... Es la mujercita de Esteban...

María la contempló con horror... Pero, ¿por qué estaba allí aquella otra mujer?

Carolina, incorporándose, miró con ojos extraviados a la esposa de su amigo... Sonrió amargamente... Ella se sentía morir... Quiso confesar toda la verdad.

—Señora—gimió—, yo tuve la culpa si Esteban no fué a su casa aquella noche... Yo... verá usted... Yo también amaba a Esteban y no me fué posible dejarlo marchar... Voy a explicarle lo que sucedió. Y con palabras entrecortadas, Carolina comenzó su relato.

—Esteban no tuvo jamás la intención de llevarme con él... Es más, cuando se hubo enterado de lo que yo había hecho...

Y la moribunda, cada vez con palabra más débil, explicó todo lo sucedido aquella noche.

Ella había engañado a Esteban en la apuesta. Preela dos monedas que carecían de reverso. Jugó con ellas. Necesariamente habían de caer de cara, puesto que la tenían en ambos lados... Y ganó por tan indigna manera.

Al llegar al muelle aquella noche, fueron los dos a un puesto a tomar café. Esteban pagó con aquellas dos monedas que habían servido para la apuesta y que en la taberna de la señora Tapman se había guardado en el bolsillo.

El tendero se las rechazó, furioso. ¿Estaba ciego? ¿No veía que eran falsas, pues no tenían más que cara?

Esteban lanzó una maldición. Pagó con un dólar, y siguió enfurecido a Carolina:

—¡Me has engañado, miserable! ¡Me has engañado!—decía él— Estas monedas no tienen más que anverso y necesariamente habías de ganar la apuesta. ¿Qué asco me das!

—No son las mías!—gimió Carolina pretendiendo defenderse.

—¡Mientes, pues no tenía otras monedas de cobre!... ¡Farsante, embaucadora!... ¡Ea, no quiero saber nada de ti!...

Habían llegado junto a la escalera del muelle. El «Almagro» iba ya a partir, sonaba la sirena anunciando la próxima marcha.

—¡Llévame contigo!—suplicaba Carolina.

—No... no... me has engañado! Y ahora no tengo tiempo de despedirme de mi mujer...

Asejó violentamente las dos monedas al suelo y huyó, subiendo a las barcas para ir al «Almagro», que comenzaba a zarpar.

Desesperada Carolina, regresó a la ciudad y encontrando a Bernardo se fué con él a realizar el robo del jade.

Y mientras escondían la mercancía en el sótano fué cuando llegó María y comenzó la lucha con los guardias.

María escuchaba horrorizada todas estas explicaciones... Ahora comprendía bien por qué encontró aquellas extrañas monedas en el muelle.

Y por culpa de Carolina, de aquella mujer, su Esteban había marchado sin despedirse!

La mujer herida, fatigada por el largo relato, pareció perder por momentos las fuerzas.

Con los ojos vidriosos murmuró, contemplando tristemente a María:

—Dígale a Esteban... que Carolina... jamás... le engañó.

Quedó yerta. La señora Tapman dio un grito de horror. Carolina había dejado de vivir.

Y María, roto el corazón por tantas emociones,

voltió a su sitio. No, ya no odiaba a aquella mujer... Algo, en el fondo de su corazón, le decía que Esteban volvería, después de su viaje, a alcanzar el perdón de la esposa.

Pasó algún tiempo. Naturalmente, el comerciante de flores no quiso seguir ningún procedimiento contra María por la escasa cantidad de veinte centavos.

Una rosa no tiene precio... se regala... vale mucho o nada... Por una rosa, a veces los hombres han dado su vida.

Y mientras tanto, María esperó... No perdía la confianza en que Esteban regresase a ella, dolorido por lo que había hecho.

Los días se sucedieron... murió también Bernabé... y la señora Tapian se desesperó viéndose sin el único hijo de verdad que tenía... Y sin aquel cariño, optó entonces por amar cada día más a todos los marineros del mundo...

Y un día Esteban, arrepentido por su conducta, escribió a María que pronto le vería...

No quería proseguir el viaje a la China, prefería perder su empleo en el vapor que pasar tantos meses sin ver a su mujercita.

En la carta le explicaba igual, exactamente

igual, lo sucedido, que como se lo había contado Carolina...

—*¡Me perdonarás, mi bien!... ¡Todo lo daría por ti... hasta mi vida!*

¡Con qué impaciencia aguardó la esposa el retorno de su enamorado! ¡Ya lo creo que iba a perdonarle!

Ella no sabía odiar, como todas las almas buenas en su corazón cabía únicamente el amor.

Una mañana el señor Dufour y su mujer entraron en la habitación de ella y le dijeron con gesto alegre y satisfecho:

—No sabe, María! ¡Ha llegado Esteban!

—¡El... él aquí!—dijo enloquecida de dicha.

—Sí, María parece que guiado por la mano de Dios, transbordó a un vapor más rápido en Panamá para estar aquí más pronto...

—¡Dios mío... cuánta felicidad!—murmuró la dulce esposa para quien el pasado era ya una cosa muerta. Pero, como orientada por una repentina inspiración, exclamó:

—Señor Dufour... hágame el favor de ir a comprarme una rosa...

Dufour sonrió y salió prestamente.

—¡Ah! Arcángel... tiene que ser una rosa blanca...

Ella, además, fué a ver si tenía en la cómoda, aquellas dos monedas iguales, que el florista le había devuelto.

Las miró tristemente. Ellas eran la causa de lo que había ocurrido...

Llegó de nuevo el señor Dufoir con la blanca rosa, que ella se puso coquetamente entre el dorado cabello.

—Y ahora... a esperarla...

Se oyeron pasos. Era él.

—¡María... María!—dijo Esteban entrando en la habitación.

—¡Esteban!—gritó ella cayendo en sus brazos.

Y se abrazaron y besaron, quedando en los éxtasis de silencio que tiene la felicidad.

Los Dufoir, sonrientes, contentos de que hubiesen hecho las paces, y que aquel matrimonio reconquistara la dicha... se alejaron alegremente... pensando en que el undécimo mandamiento... es no estorbar.

Quedaron solos los esposos.

Esteban lloraba:

—¡Mi pobre María!—suplicó—. ¿Quién perdonarme? ¿Me amarás como antes?

—Sí, te amo... te perdono—concedió la esposa.

El habló balbuciente. Había sido un loco... aquella célebre noche estaba borracho... había bebido mucho... y además, tenía que cumplir una deuda de juego.

Nunca volvería a jugar... para que no le engañasen. ¿Qué le importaba ya a él nada del resto del mundo? Se había enterado de que Carolina había muerto. Y con ella todo el pasado de Esteban...

—¡Oh, María... yo fui cagañado... te lo aseguro! ¿Me crees... me crees?

Ella, sonriendo, exclamó:

—Es que estoy segura...

—¡Qué buena eres!

—¿Conoces eso, Esteban?

Y yendo hacia la cómoda, le mostró las dos monedas de cobre.

Mira, caros en ambos lados. Ellas son la mejor prueba de que fuiste engañado.



— ¡Idi pibrecita María!... ¡Quiero perdonarme!

Emocionado, contemplándola con emoción, la le dijo:

— Como conseguiste estas monedas, amor mío?

— Se las pedía rezando a Dios —murmuró ella.

Y Él tendió la mano... y me dio los veinte centavos que le podía.

¡Válala!... Ahora sí que nada nos separará...

Y comenzó a balancearla entre sus brazos como una niña mimada y pequeña... y ella se acurrucó junto al pecho del marino y le fue acariciando las manos enérgicas, duras, de trabajador.

FIN

Próximo número,
HIJOS DEL DIVORCIO

SENSACIONAL ASUNTO
interpretado por las bellísimas estrellas
CLARA BOW y ESTHER RALTON

ACONTECIMIENTO
de las selectas Ediciones Especiales
de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

BEN-HUR
por **RAMÓN NOVARRO**

Hágase reservar por su librero el último
número de la Biblioteca *Nuestro Corazón*

MUJERES

por
FRANCISCO-MARIO HSTAONE

Novela vivida de palpitante trama

